

Secretos de un Príncipe del Comercio - Gavin Jurgens-Fyhrie

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Gallywix: Secretos de un Príncipe del Comercio

Gavin Jurgens-Fyhrie

Unas palabras del autor

Quiubo vato, aquí el Príncipe del Comercio Gallywix. Tienes este libro en tus manos porque quieres ser como yo, ¿y quién no? No hay goblin vivo más poderoso, ni peligroso, que tu servidor. Puedo darte todo lo que necesitas para tener éxito.

Pero antes que nada, una amistosa advertencia legal vinculante; sólo para ti.

Si te encuentras leyendo esto y aún no has comprado el libro, estás cometiendo un **robo**. ¿Crees que ver es un crimen sin víctimas? ¿Lo consideras tu derecho como cliente? Estás completamente equivocado hijo del... Los gorriones como tú perjudicaron mis ganancias del año pasado, e impidieron que agregara a mi mansión un ala con muebles comestibles. Ahora en lugar de los sofás de chocolate —con pastelitos por cojines— que merezco, tengo muebles hechos de seda. ¿Has intentado comerte eso? ¿Tienes idea de dónde proviene? ¡Del hoyo de un gusano, ni más ni menos! Debes corregir esto. Compra mi libro o mis asesinos explosivos te darán caza como la rata de pacotilla que eres.

¿Qué, acaso dudas de mí? ¿Nos conocemos? No te conviertes en príncipe del comercio escupiendo amenazas vacías. El puesto tampoco es hereditario, como los cómodos empleos de monarca que tienen esos humanos de piel rosada. Si te digo que hay 32 espías observándote mientras te lames nerviosamente los labios en este momento, vale más que lo creas vato.

Ni te molestes en buscarlos, no los hallarás. Deja de arriesgar tu pellejo y de hacerme perder el tiempo. Veinte mil piezas de oro son un módico precio por la historia de mi vida y si continúas leyendo más allá de esta oración sin pagar el libro, voy a dedicar cada centímetro de mi imperio a **destruirte**. ¿Te cae el veinte?

Bien. Ahora **págale al mentado vendedor**.

¿Listo? ¿Seguro? Perfecto. Bueno, gracias por comprar mi libro, imbécil. ¿Quieres ser un príncipe del comercio? Vaya... Yo quiero un ejército de destructores demoníacos que tengan mi cara pintada sobre sus puños, sin embargo, las negociaciones con la Legión Ardiente se fueron a pique; así que ni tú ni yo vamos a conseguir lo que queremos.

¿Por qué no puedes ser un príncipe del comercio? Porque todos los puestos están ocupados por goblins mejores que tú. Todavía no estás listo, pero no te apures, te arrimaste al goblin correcto.

Quizá has escuchado rumores sobre mí. “Gallywix se convirtió en príncipe del comercio por volar en pedazos, traicionar o **vender** a todos sus conocidos. Cuando el Monte Kajaró hizo erupción, Gallywix poseía el único barco y cobró a los refugiados el bajo, bajo precio de sus ahorros de toda la vida. Procedió a empacar a las estrellas de la aristocracia goblin como

salchichas en el área de carga, e intentó venderlos como esclavos. Gallywix, ese monstruo, traicionó a la totalidad de su raza a cambio de enemil macarrones”.

¿Horrible, qué no?

¿Adivina qué? Todo es verdad. ¿Por qué habría de mentir al respecto? Nunca oculto las cosas que me enorgullecen. Si el mundo se partiera el día de mañana, compraría el Portal Oscuro, instalaría una caseta de cobro, exprimiría hasta el último céntimo de los refugiados, les quitaría sus anillos, una mordida de sus sándwiches y los obligaría a firmar un contrato que estipule la construcción de un palacio cohete en los cielos de Nagrand para mí. ¡Es la forma de vida goblin! ¡Oferta y demanda, supéralo!

Pero, oye, pagaste tu boleto y esto es lo que hay, los tres secretos del más grande príncipe del comercio que ha existido en esta bola de lodo. No tomará mucho contártelos. De hecho, si le echas un vistazo al libro, te darás cuenta de que las últimas 300 páginas son copias de periódicos viejos y recetas de pescado seco.

Lo siento compa, no hay devoluciones.

Secreto 1: no dejes que nadie te quite tu galleta

El día que cumplí 10 años asumí el control del taller de la familia y del sindicato del crimen local. Fue más fácil que venderle un espejo a un elfo de sangre. Ponte buzo...

Mi cumpleaños comenzó igual que cualquier otra mañana, mi pá casi me mata.

No fue adrede, de hecho, esa era la bronca con él. Nada de lo que hacía resultaba como pretendía, algo que no tiene gracia cuando trabajas con explosivos. El único local del que pudo hacerse estaba en el corazón podrido de los barrios bajos de Drudgeton, una zona tan fea que ni siquiera los recaudadores de impuestos del Príncipe del Comercio Maldy se encontraban a salvo. Al último le estafaron las botas, fue asaltado, insultado y amarrado a un barril de pólvora. Posteriormente se lo llevaron rodando de vuelta al viejo goblin; una cortés carta de rechazo entre sus dientes.

Mi pá consideraba la ausencia de impuestos como un beneficio de la periferia. Yo veía las calles lodosas y la basura irradiada; incluso las ratas estaban abandonando el barco. Él creía que algún día la iba a armar en grande con una invención que pondría al mundo de cabeza. Yo sabía que sólo era cuestión de tiempo antes de que nos volara en pedazos. La noche anterior había decidido huír para convertirme en pirata como mi má.

Pasé toda la noche empacando y trazando planes. Los cinco macarrones embutidos en mis gastadas botas tenían el sabor de una fortuna. Mi pá se levantó a eso del amanecer y comenzó a trabajar, hablando consigo mismo. Su proceso de investigación y desarrollo constaba de tres etapas: optimismo, preocupación y pánico. La tercera podía quitarte unos cuantos dedos y gran parte de tu piel. La situación estaba en la fase 2.9 cuando cerré mi petaca y la escondí bajo mi mohoso colchón.

—Vamos, —murmuró del otro lado de dos paredes tan delgadas como el papel. —Sólo un poco más ajustado... más ajustado... ups. Oh oh, no. ¡No, alto! ¡Chico, despierta y ponte a cubierto!

Levanté cansinamente mi almohada forrada de plomo justo cuando un osito de peluche con pelaje anaranjado y rostro mecánico atravesó la pared. Me vio, emitió un chillido agudo y estalló, despidiendo tornados de metralla en todas direcciones.

Retumbaron pasos en el deslucido pasillo y mi pá entró por el umbral sin tocar la puerta, algo que no se debió a que venía con prisa; sino a que ésta fue derretida por napalm el mes pasado.

—¿Estás bien, chico? ¿Lo viste? ¡Una prueba perfecta! ¡Trayectoria horizontal, objetivo designado, centrífuga giroscópica y detonación! La unión dijo que el uso de microbombas

en el sistema de navegación y combustible para cohetes derretiría el vecindario entero, pero les demostramos qu...

Lancé al suelo mi almohada destrozada.

—Ése era el único prototipo, ¿cierto?

—Sí, vaya, pero...

—¿Y los planos están...? —Pregunté, permitiendo que mis palabras se desvanecieran para darle la oportunidad de contestar. Sabía perfectamente cómo hablar con él.

—Se los robó un pollo mecánico.

Ésa era una nueva, pero no iba a desviarme del tema.

—Entonces no puedes construirlo de nuevo, ¿cierto?

Abrió la boca para extender una mordaz réplica, cuando sus ojos se abrieron con horror. Asentí, con la rutina matinal completa, era hora de tomar algo para desayunar y emprender la marcha.

—No importa, chico. Ya entendí las bases. Los explosivos ocultos en objetos adorables constituyen un mercado virgen. ¡Nos haremos ricos!

—Pá, el único modo en que saldremos de la pobreza es si nos vuelas en pedazos, —dije bruscamente.

—Eso no es justo Jastor, sólo es cuestión de tiempo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Nos **vas** a matar algún día pá, yo creo en ti.

—¡Oye! Hay gran cantidad de niños goblin que desearían que sus papás fueran inventores. Cuando yo tenía tu edad soñaba que...

—¿En serio pá? ¿Otra vez la misma historia?

—...mis papás algún día dejarían de limpiar cloacas y volarían algunas cosas en pedazos. Me preocupas cuando dices que tienes miedo de las explosiones; no es goblin.

—¡No! ¿Sabes qué es lo que no es goblin? Tener un hijo y decirle que ‘salga a jugar’. ¿Entiendes el problema? ¡No hay nadie con quién jugar! Jelky pasa todo el día creando mechas. Druz se levanta al amanecer para mezclar cemento. ¿Tienes idea de lo vergonzoso que es que mi propio pá no me obligue a trabajar para él?

Pá levantó los brazos y regresó por el corto pasillo que conducía de regreso al taller.

—¿Qué te parece —dijo él—, si me dejas a mí la administración del negocio? Yo pondré acá la galleta Azucarada para el primer niño que se dé una vuelta y cuyo cumpleaños sea hoy.

—¡Estoy seguro de que necesitas vender cosas de cuando en cuando para tener un negocio!
—Grité, pero mi entusiasmo estaba ausente. —¡Azucarada! ¡Comida para el camino!

—¿Crees que puedes hacerlo mejor? —respondió desde el taller—. Puedes intentarlo cuando... uh, ¿qué tal caballeros?

Parecía que mi pá tenía clientes y lo consideré como un buen augurio para mi viaje. Si algo tan poco usual como los negocios podía ocurrir en la tienda de mi pá, yo no tendría problema alguno para encontrar un barco que me sacara de Kezan. Caray, podría hallar un tiburón domesticado que me transportara a una isla mágica de panquecitos y platino. Caminé ruidosamente por el corredor para recoger la galleta.

La Pastelería de Azucaradas ya no existía. Pocos años antes de que los orcos llegaran a Azeroth, la tienda recibió unas cuantas bombas durante la Segunda Guerra Mercantil, una copiosa cantidad durante la Cuarta Guerra Mercantil y fue derretida durante la Guerra de la Paz. El vecindario estuvo permeado por un hedor de azúcar y partes corporales quemadas durante un mes. Sin embargo, y esto es lo que importa, si no has probado galletas de la Pastelería de Azucaradas, nunca has comido galletas de verdad; punto.

Eran del tamaño apropiado para agarrarlas a dos manos y tenían la orilla doradita, trozos de chocolate del tamaño del puño de un ogro, una pizca de canela y azúcar cristalina. Sólo recibía una al año.

Me detuve al final del pasillo y me oculté en las sombras. Debí imaginarlo, no eran clientes. Skezzo y sus gañanes nuevamente intentaban asustar a mi pá. En Drudgeton, aún los criminales estaban en bancarrota y la Pandilla de la Calle del Cobre no era la excepción. Podía ver al idiota de Skezzo con sus aretes de oro falso y su apestoso traje confeccionado a partir de retazos. Lo único bueno que hizo fue meterse conmigo. Empujó a mi pá contra su mesa de trabajo de tres y media patas. Del otro lado, mi galleta se tambaleó sobre nuestro único plato. Siseé, pero no era tan orgulloso como para no levantarla del suelo y comérmela. Hubieras hecho lo mismo, créeme.

—¿Qué vamos a hacer contigo Luzik? —Dijo Skezzo—. Nunca nos pagas a tiempo; de hecho, nunca nos pagas. Odiaría que Lumpo se diera una vuelta por acá mañana y perdiera el control... —La voz de Skezzo se volvió un susurro en lo que buscaba, sin éxito, algo de valor. Lo único que había era un rollo de dinamita, que, como habrás oído, supuestamente estalla.

—Mira, lo siento, —dijo mi pá— el dinero está escaso, apenas y tengo suficiente para provisiones.

—Y dulces, al parecer, —murmuró Skezzo en tanto que pasaba de largo para...

Agandallarse.

Mi.

Galleta.

—Págame lo que me debes esta noche, —dijo mientras se atascaba la galleta; preciosas migajas cayendo sobre su grasosa solapa. —De lo contrario prenderé fuego a tu taller y te cobraré las antorchas.

Me vio de pie en el umbral, guiñó un ojo y dejó el lugar caminando con arrogancia; escupiendo el resto de la galleta en el camino.

Y así fue. De no ser por esa galleta, hubiera huido para convertirme en un humilde rey pirata en los Mares del Sur y el mundo sería un lugar muy distinto.

Entré al taller tambaleándome. Mi pá me hablaba pero no podía escucharle a causa de la sangre que me hervía en la cabeza. Podría haber dejado Kezan si hubiera querido, pero eso no era el problema. Mi pá permitió que gañanes sin presupuesto le quitaran cosas. Yo dejé que me quitaran mi galleta. Eso era el problema; razón por la cual estábamos sumidos en la pobreza. Seguro, Skezzo tenía una pandilla —y sí, tenía armas y números— pero algo flotaba dentro de mi mente como una flota de zepelines atacando una choza gnoll: un código con bordes filosos y partes aceitadas. Este negocio era de mi pá, este negocio era **mío**; esa galleta era **mía**. No culpaba a Skezzo por intentarlo, pero nadie iba a **tomar** lo que era **mío**, sin importar el precio.

Diez minutos más tarde estaba en la otra parte del pueblo con uno de los prestamistas de Skezzo, rodeado de humo de habano y golpeadores sonrientes.

—Deja ver si entendí bien, —rió el prestamista—. ¿Le debes dinero al jefe y quieres que él te preste dinero para pagarle?

—Sí, —contesté.

—¿Con intereses? —Dijo el prestamista, sus labios temblando a causa del esfuerzo de no reírse en mi cara.

—Lo que consideres justo, —respondí con cara seria.

—Ok chaval, —dijo contando el dinero—. Sin embargo creo saber por qué tu papá se encuentra en líos. El sentido de negocio parece estar ausente en tu familia.

Lo único que se disemina entre la sociedad goblin más rápido que un nuevo calendario de las Chicas Polvorín, es el prospecto de la humillación pública. Skezzo regresó esa noche con su pandilla entera, prestamistas incluidos. En toda la Calle del Cobre se abrieron puertas mientras nuestros leales vecinos se asomaban para ver al inventor y a su estúpido hijo perder el resto de su dinero y ser expulsados del pueblo. Pero mi pá no estaba, había salido a conseguir otra galleta, que era característico en él: con buenas intenciones pero carente de entendimiento. Esto ya no se trataba de galletas.

Skezzo y su grupo se detuvieron frente a mí como una horrible punta de flecha.

—¿Tienes mi dinero, niño? —Dijo, sus gañanes mirando por encima de su hombro para ver si sería yo lo suficientemente tonto como para finalizar el asunto.

—Con intereses, —respondí.

Skezzo me arrebató la bolsa, me dio palmaditas en la cabeza y se retiró con su pandilla. Así es, ni siquiera contó el dinero. Cómo es que este tipo administraba algo más complicado que un puesto de salchichas aún me elude.

—Fue bueno hacer negocios contigo, niño. —Luego gritó por encima de su hombro. —Lumpo, carga la bolsa, está muy pesada.

—Eso se debe a la dinamita, —dije amablemente.

La invención de las cámaras se llevaría a cabo un par de años después, pero mataría por una foto de Skezzo y sus gañanes mirándome con sorpresa un segundo antes de que estallara la bomba oculta bajo el dinero.

Cuando se disipó el humo, la banda ya no existía. En un inquietante unísono, mis metiches vecinos miraron fijamente al cráter humeante y luego a mí. Sonreí y apunté hacia el cielo. Cientos de ojos obedecieron y levantaron la vista. Skezzo, su pandilla y el dinero en llamas caían del cielo.

Crucé la calle para llegar con Bezok, el maestro de obras, mientras las ovaciones de mis vecinos hacían que incorporara un pequeño saltito a mis pasos. Seguro, el truco le había costado a pá lo que le quedaba de dinero —con eso cubrí el costo de los intereses y la dinamita— pero esos 400 macarrones no serían más que migajas para cuando terminara la semana.

—¡Guau! ¡Simplemente Guau! —Dijo Bezok mientras salían goblins de cada umbral torcido y callejón grasoso para participar en la cacería de tesoro más desagradable del mundo; buscar macarrones sin daño. —¡Les mostraste quién manda chico! ¡Somos libres!

—No va a durar, —respondí mientras evadía casualmente un calcetín en llamas. —Existe un vacío, otras pandillas intentarán establecerse una vez que se enteren de que Skezzo ya no está. Debemos asociarnos para protección. Establecer rutas comerciales y protegerlas.

—¡Claro, —dijo Bezok con los ojos iluminados— gran idea! Quizá algún día podamos...

—No, —dije— ven mañana por la mañana y tendré listo un contrato. Puedes quedarte a cargo de la producción, ¿sale? Yo me ocuparé de los negocios aburridos.

—¿Uh? —Replicó Bezok parpadeando. Estaba echándole ojo a una ligera nube de macarrones encendidos que descendía sobre el techo de su casucha—. Momento, ¿crees que **puedes** administrar **mi** negocio, escucha chaval...

—Bum, —dije.

—¿Bum? —Repitió Bezok estremeciéndose.

—Bum.

—¿Por qué dices 'Bum'?

—Sólo me gusta decir 'Bum', —respondí con esa serenidad escalofriante que únicamente los niños son capaces de proyectar. —Mira, ven mañana por la mañana, no notarás que estoy a cargo hasta que veas la gran cantidad de dinero entrante.

Bezok no era un cobarde y luchaba por pagar las cuentas. La gente así siempre busca un modo rápido e inesperado de hacerse de macarrones.

—¿Sabes qué, chaval? ¿Por qué no? Puedo dejarlo más adelante si quiero, ¿no?

—Seguro, ajustaré el contrato para ello, —contesté—. Sólo tendría que dejar su negocio, pagarme una cuota de gestión anual y ponerse un traje de oso tres veces a la semana para promocionar la línea, de próxima aparición, de adorables explosivos de mi pá.

Dejé a Bezok, mientras éste sacaba una escalera para alcanzar la fogata de macarrones en su techo, y volví con orgullo a casa. Cuando mi pá regreso, me encontraba ocupado escribiendo mi primer contrato en letras tan pequeñas que ni un mosquito con gafas podría leerlas. Los contratos son fáciles de redactar si te concentras en estafar a los zoquetes que van a firmarlos y si recuerdas que la mayoría cree que las letras pequeñas están ahí para leerlas antes de firmar el contrato; no para mostrárselas a 10 abogados, ponerlas a prueba en la corte, desmantelarlas palabra por palabra y detonarlas en un entorno controlado.

Mi pá arrastró los pies y aclaró su garganta.

—Puedo hacerlo mejor, —dije antes de que hablara. No necesité verle la cara para saber que había oído sobre la bomba.

—¿Q-qué? —Tartamudeó, arrugando la bolsa de papel que llevaba en la mano.

—Me preguntaste si creía que podía administrar mejor tu negocio y puedo. Mañana por la mañana tendremos acceso al dinero de Bezok y más a partir de ahí. Pero necesito que pases todo a mi nombre.

Se quedó callado por un largo rato y aproveché el silencio para escribir unas cuantas líneas más.

—Definitivamente heredaste a tu má, —dijo al final—. Vale, tienes una semana. Si no veo suficientes ganancias como para comprar más dinamita, tendrás que trabajar para pagar la deuda, ¿estamos?

Sí, seguro pensó que me estaba dando licencia para fallar y que me enseñaría una valiosa lección. Pero me dejó en paz con mi nueva galleta y mi trabajo. Ésta se tornó rancia para cuando acabé el tercer borrador y decidí conservarla como recordatorio; de hecho aún la tengo.

Para cuando llegó la fecha límite de pá, la mitad de los negocios de la cuadra se habían unido a mi Conglomerado de la Calle del Cobre. Yo ya me había mudado, pero le envié tres cajones de dinamita, un traje de protección contra explosivos y un bono.

Sí, tienes razón, eso fue un poco suave. Sin embargo, recuerda que yo tenía **diez** años, genio. Junté mi primer millón de macarrones cuando tú te enfermaste de sklaz por nadar en el derrame de petróleo tóxico que hay alrededor de la Fábrica de Alimentos Saludables de Garzak Quemavena.

Además, era mi pá y cuidó las cosas que son **mías**.

Secreto 2: eres despiadado o no tienes agallas, el punto medio no existe

Pasaron los años. No pienso darte un recuento detallado de todos los negocios que tomé, empecé, vendí o destruí. Yo gané, eso es todo. Gané todo lo que quise.

Esto no se debió a la suerte, no. La suerte no existe. La suerte es para perdedores. Si te mueves en grande, rápido y con la fuerza necesaria como para hacerte de un lugar en el mundo, todos los demás se desvivirán por ti; dándote lo que quieres sólo por la emoción de formar parte de tu éxito.

Bueno, casi todos. En algún momento te topará con otros peces gordos, quienes, si no les extiendes primero tal favor, te derribarán más rápido de lo que un grupo de taladores de la Compañía Ventura derriba un árbol sagrado.

Durante la Segunda Guerra, yo era la estrella en ascenso de Kezán. Presidente del enorme Conglomerado de la Calle del Cobre, asesor de la Unión de Inventores, goblin importante en la Coalición Mercantil y el segundo individuo más rico en el Cártel Pantoque. El Príncipe del Comercio Maldy decidió que quería conocer a su posible competencia, así que me invitó a la fiesta de cumpleaños de su hija; la cual se celebraría en su mansión.

El viejo goblin era tan popular como una barra de jabón en un barco pirata. Corrían rumores de que el Príncipe del Comercio Bonvapor estaba obteniendo grandes ganancias con su presunto contrato de exclusividad con la Horda. Maldy pensó que si las cosas se iban al diablo con la Horda, la Alianza nos atacaría después. Así pues, decidió controlar el comercio de manera estricta, asegurándose de que el Cártel tuviera dinero y recursos suficientes para resistir un asedio financiero y tener la posibilidad de empinar a la competencia sobre un tonel con púas.

Movida sólida, pero aquí está la bronca: al goblin promedio no le agrada la precaución, es aburrida. Los magnates y financieros del Cártel Pantoque decidieron que querían a un príncipe del comercio más joven y agresivo en lugar de Maldy. Adivina quién.

Planear aquella noche requirió seis meses y los preparativos comenzaron mucho antes de que Maldy enviara la invitación. Todos los ángulos estaban cubiertos, las palmas engrasadas. Incluso los demás príncipes del comercio habían extendido su aprobación secreta; si sólo porque les agradaba que sus competidores carecieran de experiencia. El éxito era inevitable, me convertiría en príncipe del comercio antes del amanecer.

Caminé por el sendero hacia la mansión de Maldy. Thissy Tachuela, mi asistente personal, me alcanzó. Años después me vería forzado a despedirla por contratar asesinos para despacharme en mi alberca. Era magnífica.

—Obtuve acceso... al escritorio de Maldy, señor, —dijo con respiración agitada. —Él... escondió la llave debajo de una estatua de halcón. Encontré su investigación sobre lo que traman los demás príncipes del comercio.

—Perfecto, —dije. Maldy se estaba suavizando si ahora dejaba ese tipo de cosas por ahí. —¿Qué están haciendo? Debemos copiarles si queremos mantenernos competitivos.

Thissy miró los papeles.

—Creando ejércitos de mercenarios.

—Útil. Envía una canasta llena de oro a los Filibusteros de los Mares del Sur.

—¿Metal o chocolate, señor?

—Chocolate, van a morderlo de todos modos. Aprovechemos para darles un gusto. ¿Qué más?

—Perfume.

—¿Perfume?

—Al Príncipe del Comercio Donais le agrada sobremanera, señor.

—Ok, déjame ahorrarte un poco de tiempo. ¿Todo lo que hay en esa lista? Consigue a alguien que trabaje para mí para llevarlo a cabo. Fuera de aquí, tengo que asistir a una fiesta.

Thissy asintió y se fue. Tres pasos más adelante, Riddlevox, director de la Unión de Inventores, salió de entre los arbustos.

—¿Recuerdas el plan? —siseó él.

—Yo escribí el plan, —dije intentando no apretar los dientes. Lo basé en la gran debilidad del Príncipe del Comercio Maldy: el amor por su hija. Si eres un príncipe del comercio, no puedes tener lazos cercanos con miembros de tu familia o amigos; existe una razón por la que “camarada” y “carnada” suenan igual. Mi pá era la excepción, por supuesto, ya que su ambición era como la madera mojada. Además, todo aquel que intentara secuestrarle para amedrentarme descubriría si era posible introducir a un goblin a un cañón, dispararlo desde Kezan hacia la Bahía del Botín y ver si llegaba ileso.

—No la riegues Gallywix, —dijo Riddlevox mientras regresaba a los arbustos. —Y que no se te metan ideas en la cabeza. Tendrás el título de príncipe del comercio, pero trabajas para **nosotros**, ¿estamos?

—Seguro, jefe. *En tus sueños, idiota.*

El guardia en la periferia de la pista de baile asintió ligeramente al dejarme pasar. Me dediqué durante dos meses a reemplazar a los guardaespaldas del Príncipe del Comercio Maldy con mis propios mercenarios. Entré con paso despreocupado.

¿Alguna vez has ido a una fiesta donde todos te ovacionan al entrar? ¿No? Te lo recomiendo. Un centenar de goblins intentó llamar mi atención o invitarme un trago. Los ignoré y agarré un puñado de hojaldras de langostrok de una charola cercana. Tenía trabajo que hacer.

No conocía a Nessa, la hija del príncipe del comercio. El investigador que contraté dijo que ella había comprado un vestido azul y un broche para el cabello; de diamante con forma de libélula. Agregó que se veía “deslumbrante”. Obviamente lo despedí. Sin embargo, cuando vi a Nessa en la fiesta, me di cuenta de que por primera vez en mi vida le debía una disculpa a alguien.

Era tan hermosa que jurarías que le pagaban tiempo extra por ello. Piel del color del verde y profundo océano, ojos tan oscuros como la medianoche en una mina de esmeraldas y el brillo de su cabello recogido hacía que el broche de diamante tuviera la apariencia de una baratija.

Una mano invisible me arrastró de los pulmones a través de la multitud hasta llegar a ella, no podían detenerme. Sabía que debía asumir el control, el Plan A dependía de alejarla de la fiesta y conducirla al equipo de secuestradores; forzando así a Maldy a rendirse sin luchar.

—¿Bailamos? —Dije, lanzando el Plan A por la ventana.

—¿Por qué no? —Respondió ella. —Me di cuenta de que mantuvo la vista fija en mí mientras me aproximaba. **Genial.** —El buen Nandirx me está aburriendo de lo lindo.

Me la llevé del lado del devastado pequeño banquero hasta el centro de la pista de baile. Platicamos mientras bailábamos, pero no puedo decirte sobre qué. Me sentía ebrio. Mis ambiciones se encontraban en apuros. Si procedía contra su padre, perdería mi oportunidad de tenerla y, déjame te digo, su belleza era aún más aparente de cerca. Tenía que llevármela tranquila.

—Cásate conmigo, —espeté.

Ella resopló y dijo. —Apenas lo conozco Señor Gallywix.

—Puedo arreglar eso, —respondí—, soy.

—Presidente del enorme Conglomerado de la Calle del Cobre, asesor de la Unión de Inventores, goblin importante en la Coalición Mercantil y el segundo individuo más rico en el Cártel Pantoque. —Concluyó con media sonrisa.

¡Había leído mi comunicado de prensa!

—Pero no puedo casarme con usted —prosiguió—, ciertamente ha tenido suerte un par de veces, sin embargo, me gustan los goblins implacables; aquellos que toman riesgos.

Me quedé sin habla un par de segundos, pero no soy muy bueno para ello así que me recuperé.

Le conté de mis inicios, le mostré recortes de periódico sobre incendios en hospitales y extorsión de huérfanos y le di indicaciones para llegar a los sitios donde están enterrados los cuerpos. Luego procedí con lo realmente nefasto. Ella escuchaba, ladeando la cabeza y sonriendo de cuando en cuando.

Cuando terminé, ella se encogió de hombros y dijo. —Es un buen comienzo, supongo.

Qué dama, ¿no? Hasta ese punto me sentía culpable —no, en **serio**— del Plan B. Sin embargo, súbitamente estaba **seguro** de que ese era el modo de ganármela. Ella quería un goblin realmente implacable. ¡Prácticamente me dio su bendición!

No noté la conmoción detrás de mí hasta que un bastón me tocó el hombro. Lancé una mirada iracunda contra... ups.

—Ah, así que eres tú quien ha estado monopolizando a mi hija, joven Gallywix. —Dijo el Príncipe del Comercio Maldy mientras se recargaba en su grueso bastón. Su mano se encontraba cubierta de anillos de oro pesado y flexionaba los dedos alrededor de un extremo del bastón, el cual parecía ser una empuñadura.

Se hizo el silencio en la fiesta. Estos goblins habían visto suficientes traiciones magistrales como para saber que algo iba a ocurrir. —Un placer de conocerte al fin. Quita las manos de la mercancía.

—Lo siento señor, —dije mientras me alejaba de Nessa.

—Gracias. Escuché que mis fuerzas de seguridad quemaron tu fábrica de falsificaciones el mes pasado. Espero que no lo consideres algo personal, simples negocios.

—No diga ‘simples’, señor, —dije sonriendo—. Suena como una disculpa.

Su arrugado rostro ofreció una amplia y áspera sonrisa. —Sabía que me caías bien —dijo—, ¿estás disfrutando la fiesta de mi hija?

—¿Su fiesta? —Respondí en tanto que daba una señal a los guardias. —Ya no, es mía ahora.

—¿Qué? —Maldy bufó frunciendo el cejo.

—Desde que anochece soy propietario de la mayoría de tus valores en la Coalición Mercantil a través de centenas de frentes falsos y micro empresas. Puedes revisar, pero soborné a tus administradores, así que posiblemente no querrás confiar en ellos. Tu fuerza de seguridad es mía. Robé la tierra que hay bajo tu casa y rentaste esos anillos en una de mis tiendas. Estás acabado Maldy, estás acabado y todo mundo lo sabe.

En la distancia, en algún sitio, graznó un perico. Maldy se puso rojo, pasando a morado, mientras buscaba algún aliado y sólo vio cómo mis golpeadores nos rodeaban. Los mantuve a raya con ambas manos. Para impresionar a Nessa, la siguiente parte requería un toque personal.

—Mi embarque —gruñó—. La mitad de mi flota está dejando el muelle en este momento con un cargamento de armas para la Alianza. Haré una fortuna y compraré todo de vuelta.

—Me alegra que lo menciones —dije en tanto sacaba un control remoto de mi bolsillo—. Traje un espectáculo para tus invitados. Presiona el botón.

—¡No!

—¿Qué, no te gustan las sorpresas? ¿Tienes **miedo**? ¡Los príncipes del comercio supuestamente tienen agallas! ¡Presiona el botón Maldy!

Mostrando los dientes como un viejo león, Maldy incrustó su dedo en el botón rojo. En los muelles, cada uno de los barcos que constituían su flota mercante estalló, convirtiéndose, alfabéticamente, en bolas de fuego.

Le guiñé el ojo al horrorizado Maldy y le arrebaté el bastón. Después de desenvainar la espada de la que me informó mi investigador, la apunté hacia Nessa sin siquiera verla.

—Bueno, tienes una hora para largarte de Kezan antes de que ventile a tu hija y te lance de hocico al interior del Monte Kajaró, —le declaré orgulloso. Luego me volví hacia Nessa. —
¿Te parece lo suficientemente **implacable**?

Oh, su rostro estaba tan pálido que casi podía ver a través de él.

—¿Demasiado? —Puntalicé entrecerrando los ojos.

Ella se precipitó hacia adelante evitando la espada y me propinó una cachetada. Luego colocó sus manos sobre los hombros de su padre y lo condujo lejos de la multitud que ahora estaba sin aliento.

Tiré la espada y levanté ambas manos y cuatro dedos en el tradicional símbolo goblin de apabullante y total victoria. Los invitados... mis invitados... rugieron su aprobación, abalanzándose para palmearme la espalda y felicitarme mientras deslizaban tarjetas de presentación y sobornos en mis bolsillos. No vi a ninguno de ellos directamente a los ojos. En lugar de eso miré a Nessa guiar a su padre por todo el trayecto de descenso de la colina, afuera de la mansión.

Secreto 3: si tu plan de retiro no incluye un palacio, algo estás haciendo mal

Eso fue hace más de 20 años. Quizá te preguntes si me arrepiento de algo. Seguro, exilié al amor de mi vida a los 10 minutos de conocerle y arreglé la postre, y completamente accidental, muerte del suegro que nunca tendría. Todos aquellos a los que he conocido han intentado traicionarme, estoy solo.

—¡JA! **Claro.** ¡Oh no, mi poder y fortuna ilimitados son todo lo que tengo! ¡Qué tragedia! Envíame dinero por simpatía.

Para que estés enterado, cada año le envío a Nessa una nueva pintura de mí disfrutando mis riquezas. Ella me envía explosivos activos en cajas sencillas. ¿Quién dice que las relaciones de larga distancia no funcionan?

Después de años de redactar las letras pequeñas, mi mano se acalambra con facilidad, así que voy a cerrar esto. Conoces muchos de mis secretos, pero no te engañes. Nunca me vas a ganar. Jamás ha habido una trampa que no haya podido emplear a mi favor. Aún cuando **ese goblin que no pienso** nombrar intentó hacer que ese bruto orco Thrall me matara; me quedé en la cima.

Literalmente, ¿ya viste mi nuevo hogar? ¿Un palacio en la cima de una montaña en Azshara? ¿Vista al mar? ¿Campo de golf con granadas? ¿Sótano secreto con licor? ¿Seductoras damas en la piscina? No, claro que no. En mi finca no son bienvenidos los perdedores.

Pero, oye, no me estoy engañando a mí mismo. Sé que no viviré para siempre. ¿Has mirado por la ventana últimamente? Este planeta está quebrado como cascarón. El día de mañana Azshara puede terminar bajo el agua.

Compraste mi libro, eso nos hace amigos, ¿qué no? **Por supuesto.** Así que en la poca probable situación de que vivas más que yo, sólo hay una cosa que debes hacer para adueñarte de la raza goblin.

Ganar.

Eso es todo. Te dije que debes cuidar lo que es tuyo, ser implacable y tener un palacio desde donde ser implacable. Pero si quieres ser yo, chaval, es necesario que consideres que **todo** está ahí para que lo agarres y deberás hacerte de ello a cualquier costo.

Así pues, ve allá afuera y gana. Traiciona a tus amigos y familiares, explota a la gente que confía en ti y róbate una buena mansión para empezar. Hazte de jugosas ganancias.

¿Pero cómo me hago rico, Príncipe del Comercio Gallywix? —Buena pregunta, vato. Por desgracia ese es un libro distinto y, como habrás notado, no acostumbro dar las cosas gratis.

Mira, sólo empieza a enviar tu dinero, joyería, delicias fritas y animales exóticos a mi palacio de placer. Cuando decida que has pagado lo suficiente, te enviaré una copia de Enriquecerse al modo Gallywix. Tienes mi garantía personal de que no hay una estafa de pescado seco en **ese** libro*.

Espero hacer negocios contigo, camarada.

* El significado de “estafa”, denominada a partir de este momento como “la Palabra”, está definido en su totalidad por el Príncipe del Comercio Gallywix. Cualquier intento por descubrir la definición de la Palabra tendrá consecuencias legales. Toda queja acerca de este volumen o las recetas de sopa de aleta de múrloc, sopa de ojo de múrloc, sopa de escama de múrloc o sopa de “no preguntes” de múrloc, incluidas en los siguientes 27 volúmenes, tendrá consecuencias legales. Efectuar cualquier tipo de proceso legal tendrá consecuencias legales devastadoras. No te metas conmigo “carnada”, tengo un pozo de escórpidos y tú no.